

Cuadernos Americanos **y la democracia venezolana:** **una relación de setenta años**

Por Tomás STRAKA*

*La Internacional de la cultura,
a modo de introducción*

EN 1954 ES PROHIBIDA LA CIRCULACIÓN de *Cuadernos Americanos* en Venezuela. El homenaje que Jesús Silva Herzog, su director, había tributado a Rómulo Gallegos con ocasión de su setenta aniversario¹ y la edición conmemorativa de *Doña Bárbara* (1929) que lanzó entonces el Fondo de Cultura Económica (llegaba la novela a sus bodas de plata), colmaron la paciencia del régimen militar. Ya en 1950 había ordenado retirar los ejemplares de la revista por un poema de Andrés Eloy Blanco.² Aunque dicho poema distaba de lo político —era una elegía por su madre muerta—, la reproducción que pronto aparece en la prensa caraqueña y la repercusión que tuvo en una sociedad donde todos recitaban de memoria sus versos previno a los militares de su peligrosidad. Andrés Eloy Blanco no sólo era el poeta más popular de todos cuantos han habido en Venezuela (aún lo llamamos “el poeta del pueblo”), sino también uno de los líderes más importantes del partido Acción Democrática (AD), tal vez su mejor orador, entonces exiliado en México.³

Para colmo, en otro número de *Cuadernos Americanos* del mismo año se había publicado un pequeño pero demoledor artículo del poeta, “La Internacional del miedo”, inicialmente un discurso en la cena que cada año se organizaba con los colaboradores de la revista, en el que llamaba a organizar en torno a la “empresa liberadora y lírica de *Cuadernos Americanos*”, una “Internacional de la cultura, Internacional de la democracia”, que se enfrentara a la del “miedo” que “se dilata

* Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas Hermann González Oropeza, si, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas; e-mail: <thstraka2@gmail.com>.

¹ *Cuadernos Americanos*, núm. 5 (septiembre-octubre de 1954).

² Andrés Eloy Blanco, “A un año de tu Luz”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1950), pp. 221-229.

³ Jesús Silva Herzog cuenta la prohibición en sus memorias: *Mis últimas andanzas, 1947-1952*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 52-53 y 96-97.

y regodea en España e Hispanoamérica”.⁴ Dado que hacía tiempo *Cuadernos* había aceptado esa misión convirtiéndose en caja de resonancia para los más variados movimientos democráticos y libertarios de América y España, y dado que el artículo —pieza emotiva, si las ha habido, de quien era tenido como el mejor orador de la política venezolana— también tuvo una inmensa resonancia en Venezuela, más bien sorprende que el régimen se tardara casi un lustro en prohibir la publicación.

Casi tan popular como Andrés Eloy Blanco era Rómulo Gallegos. Considerado el más grande narrador de Venezuela, su prestigio se había elevado aún más con las versiones fílmicas de sus novelas en el cine mexicano de la década de 1940 (*Doña Bárbara*, rodada en 1943 y protagonizada por María Félix, hasta hoy es considerada un clásico latinoamericano),⁵ y con su incorporación a la política, primero como presidente de AD, y después, en 1947, como el primero en llegar a la presidencia de la república por voto universal, directo y secreto (es decir, incluyendo mujeres y analfabetas, porque hasta entonces los comicios de “voto universal”, cuando los hubo, sólo fueron de varones, alfabetos, mayores de veintiún años). No es de extrañar que a los homenajes de *Cuadernos Americanos* y del Fondo de Cultura Económica siguiera una de las maniobras político-literarias más singulares de la historia latinoamericana: la contratación por parte del régimen de un escritor franquista para que publicara otra novela de ambiente llanero que opacara a *Doña Bárbara*. Su éxito puede medirse por el hecho de que hoy sólo se la recuerde como una anécdota, a pesar de que a la larga el escritor se demostrara de genio y llegara a alcanzar el Premio Nobel tres décadas después.⁶

Éstos son tan sólo dos episodios en la larga relación de *Cuadernos Americanos* con la vida y las angustias venezolanas pero que se destacan, no sólo porque hayan sido especialmente dramáticos, incluso épicos, sino porque retratan un momento fundamental en nuestro proceso de las ideas: ése es el que las luchas democráticas y sociales

⁴ Andrés Eloy Blanco, “La Internacional del miedo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1950), p. 77.

⁵ También se filmó *La trepadora* en 1944; y en 1945 se filmaron tres: *Cantaclaro*, *Canaima* —en ésta participó Jorge Negrete— y *La señora de enfrente* —esta última con guión original de Rómulo Gallegos. Para más información, véase DE: <http://escritores.cinemexicano.unam.mx/biografias/g/GALLEGOS_romulo/biografia.html>.

⁶ Hablamos de Camilo José Cela, contratado por la dictadura para que escribiera *La catira: historias de Venezuela* (1955). Para una reconstrucción y análisis del caso, véase Gustavo Guerrero, *Historia de un encargo: la Catira de Camilo José Cela*, Barcelona, Anagrama, 2008.

configuraron el panorama del último medio siglo venezolano. Como nos aclara el mismo Silva Herzog, “defender la dignidad del hombre, la justicia social y la libertad de los pueblos” han sido desde el principio algunos de los objetivos esenciales de la revista.⁷ Y todo indica que después de las luchas a favor de la República Española, para el editor, historiador y político mexicano el siguiente objetivo de solidaridad fue la Revolución Venezolana, como entonces se conoció a lo que hoy la historiografía llama la Revolución de Octubre o el Trienio Adecó (1945-1948),⁸ cuando se formó una junta de gobierno integrada por jóvenes militares y por el partido AD que dio pasos muy significativos en la democratización y modernización del país.⁹ De hecho son los años en los que la revista se convierte en una verdadera *Internacional de la cultura y la democracia*, dando espacio a autores de todo el continente y del trastierno español.

El espacio que *Cuadernos Americanos* le dedicó al golpe del 24 de noviembre de 1948, que derroca al presidente Rómulo Gallegos;¹⁰ los numerosos textos producidos por políticos e intelectuales venezolanos en los diez años de la dictadura militar que siguió; las repercusiones que tuvieron entre quienes se oponían al régimen en el país y que medidas como su prohibición demuestran, ofrecen un panorama de la vinculación de la revista con los problemas de Venezuela, así como un

⁷ “Pero sí debo decir que *Cuadernos Americanos* ha sido y es una publicación libre, enteramente libre, sin compromisos con nada ni con nadie, fuera del compromiso de defender la dignidad del hombre, la justicia social y la libertad de los pueblos. Lo humano, escribí en el primer artículo del primer número de la Revista, es el problema esencial, y todo debe subordinarse al bienestar físico y espiritual de nuestra especie”, Jesús Silva Herzog, “Primer prefacio. Índices de 1942 a 1952”, en *Índices de Cuadernos Americanos, materias y autores 1942-1971*, México, Cuadernos Americanos, 1973, pp. vi-vii.

⁸ *Adecó* es el nombre que se le da a los militantes de Acción Democrática (AD). Fue acuñado por sus opositores de derecha durante el gobierno del llamado Trienio Adecó (1945-1948), y viene de la contracción de las siglas AD y con el “co” de comunistas, ya que se les consideraba comunistas embozados. Años después, el partido se alineó en la socialdemocracia y muchos de sus líderes llegaron a ser profundamente anticomunistas, sobre todo cuando les tocó vencer a la guerrilla en la década de 1960. Desde entonces la izquierda hizo suya la palabra en el sentido peyorativo de pitayanquis y corruptos. No obstante los *adecos* reivindican con orgullo su nombre.

⁹ La instauración del voto universal acabó con una república de carácter oligárquico que ya tenía un siglo. Germán Carrera Damas ha llamado a la fundada entonces “la primera república liberal democrática”. Véase Germán Carrera Damas, *La primera república liberal democrática, 1945-1948*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2008. También véase Simón Alberto Consalvi, *La Revolución de Octubre 1945-1948: la primera república liberal democrática*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2010.

¹⁰ Hay que destacar el *dossier* que aparece en la revista dedicado a denunciar el golpe contra Rómulo Gallegos, perpetrado el 24 de noviembre de 1948. Véase *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1949).

testimonio del debate, de grandes consecuencias para el pensamiento latinoamericano y para la historia venezolana del resto del siglo xx, que entonces se suscita. Es una época en la que Venezuela, sus líderes e idearios dentro de los movimientos revolucionarios, especialmente esa “izquierda democrática”¹¹ constituida por AD y su principal líder, Rómulo Betancourt, alcanzaron papeles estelares y experimentan mutaciones en los siguientes años. Un dato al respecto que llama la atención es que a partir de 1960 el número de autores venezolanos cae en picada. Aunque pueden alegarse muchos factores, hay razones para pensar que el cambio de ciclo que entonces representó la Revolución Cubana tuvo algo que ver, como más adelante analizaremos.

En 1949 Eugenio Ímaz afirmaba en *Cuadernos Americanos* que, con la Revolución de Octubre, “Venezuela es hoy, como en sus primeros días heroicos, un portaestandarte”.¹² Unas páginas después Rómulo Betancourt afirmaba: “Venezuela ha devenido centro de la atención preocupada de todo un continente”.¹³ Algo parecido —y no es casualidad que Ímaz fuera uno de los que así discurría— a lo que había sido la España republicana. Diez años después para un sector de la izquierda Venezuela seguiría siendo, ahora más que nunca, un estandarte; mientras para otro sector el foco de atención —acaso mayoritario— se desplazaría hacia Cuba. A partir de entonces la línea editorial de *Cuadernos Americanos* fue de un entusiasta apoyo a la Revolución Cubana,¹⁴ justo cuando Betancourt y AD se convirtieron en dos de sus más formidables oponentes.

¹¹ Charles D. Ameringer, *The democratic left in exile: the antidictatorial struggle in the Caribbean, 1945-1959*, Coral Gables, University of Miami Press, 1974; *The Caribbean Legion: patriots, politicians, soldiers of Fortune 1946-1950*, University Park, PA, The Pennsylvania State University Press, 1996; *The Cuban democratic experience: the Authentic years, 1944-1952*, Gainesville, University Press of Florida, 2000.

¹² Eugenio Ímaz, “Venezuela, portaestandarte”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1949), p. 17.

¹³ Rómulo Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1949), p. 27.

¹⁴ En 1960 se publica un homenaje a la Revolución que tiene como eje la visita del presidente Osvaldo Dorticós a México. Véase *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1960). No obstante, son días en los que aún se habla del “Dr. Fidel Castro” (p. 26) y en los que el director de la revista se queja de que “a los que simpatizan con Fidel Castro y su revolución también son tildados de comunistas”, véase Jesús Silva Herzog, “Veinte años al servicio del mundo nuevo”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1961), p. 16. Pero para 1968 ya el perfil socialista está completamente definido en Cuba, cuando se hace el homenaje poético a Ernesto Che Guevara, *Cuadernos Americanos*, núm. 2 (marzo-abril de 1968), pp. 69-129. En esa ocasión Silva Herzog —a pesar de sus aprehensiones con el socialismo de estilo soviético que ya veremos— no

Este proceso que se plasma en las páginas de la revista —y que vale la pena estudiar a través de ella— es de consecuencias trascendentales. Los miembros de la *Internacional de la democracia* que entonces actúan en *Cuadernos Americanos* y en publicaciones como la revista *Humanismo*¹⁵ se dividen en dos bandos, con sus notables excepciones. Es el parteaguas ideológico que esperamos retratar en las siguientes páginas. Ofrecer algunas pistas de esa reconfiguración del mapa político de Latinoamérica, el lugar de la democracia venezolana de 1958 dentro de ella y los debates que entonces se suscitan y que aún mantienen mucho de su vigencia —sobre todo en estos momentos en los que se revalúa críticamente el modelo de 1958 desde una posición socialista, muy cercana a Cuba, por parte del Estado venezolano, mientras en la oposición se reivindica la figura de Rómulo Betancourt— es el objetivo de estas páginas. Obviamente, las dimensiones del trabajo tan sólo permiten una aproximación inicial y el delineamiento de algunas hipótesis al respecto.

De una a otra revolución

VOLVAMOS a 1954. Por si el poema de Andrés Eloy Blanco y el homenaje a Gallegos fueran poco, *Cuadernos Americanos* mantuvo una postura extremadamente crítica con la X Conferencia Interamericana, que se celebró ese mismo año en Caracas, y en la que se sella la suerte del gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala. Dos años después el Fondo de Cultura Económica publica *Venezuela: política y petróleo* de Rómulo Betancourt, quien entonces era un joven estudiante del Instituto Pedagógico Nacional —lo que es emblemático, porque se trata de un centro de formación docente que también estaba en la mira de la dictadura y la mayor parte de sus alumnos y profesores eran adecos o comunistas, algunos incluso *trasterrados* españoles.¹⁶ Betancourt

duda en decir que “hoy, mañana, muy pronto, Ernesto Che Guevara se hará estatuas aquí, allá, y acullá”, Jesús Silva Herzog, “En memoria de Ernesto Che Guevara”, en *ibid.*, p. 71.

¹⁵ En una publicidad se subrayan los colaboradores de esta revista, y es de notar cómo aparecen entre ellos hombres como Carlos D’Ascoli, Rómulo Gallegos, José Manuel Siso Martínez y Juan Liscano, con Ernesto Guevara y Nicolás Guillén; por México sobresalen Silva Herzog, Octavio Paz y Leopoldo Zea. Véase el anuncio de *Humanismo. Revista de orientación democrática* que aparece en *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1961), p. xv.

¹⁶ Fundado en 1936 por iniciativa de Mariano Picón Salas, entonces superintendente de Educación, con el concurso de las dos famosas Misiones Chilenas de profesores del Pedagógico de Santiago de Chile. Pronto acogería republicanos exiliados como José Bergamín, Juan David García Bacca, Eugenio Ímaz, Augusto Pi Suñer, Pedro Grases, José Royo y Gómez, Pablo Vila y Teodoro Isarría. Algunos de ellos combinaron sus

rememoró cuarenta años más tarde el significado que *Cuadernos Americanos* tuvo para quienes se oponían a la dictadura o francamente integraban la resistencia: “una de las librerías de resistencia contra el dictador, ‘Pensamiento vivo’, fue allanada para decomisar los números existentes. Por la frontera colombiana continuaban ingresando clandestinamente las entregas de la publicación. Los ensayos más combativos se reproducían en mimeógrafo. La revista fue, pues, nuestra cátedra latinoamericana de honestidad política”.¹⁷

Domingo Miliani (1934-2002) hablaría de la “más combativa y combatida” de las revistas que llegaban al país; de aquella donde “aprendimos a tener una mirada continental”;¹⁸ de aquella que editó libros fundamentales para la comprensión del continente y la fragua de su conciencia democrática: *Europa-América* (1947) de Mariano Picón Salas o *Entre la libertad y el miedo* (1952) de Germán Arciniegas. No es cualquier cosa que en *Cuadernos Americanos* hayan aparecido trabajos de cuatro presidentes de Venezuela (Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Carlos Andrés Pérez y Ramón J. Velásquez) y de muchos de los más importantes intelectuales del siglo xx de ese país, desde Augusto Mijares a Rigoberto Lanz.¹⁹

Ahora bien, lo primero que salta a la vista con los presidentes nombrados es su filiación: todos fueron de AD. De hecho, si nombramos entre los intelectuales a Mijares y a Lanz fue precisamente porque marcan dos extremos tanto cronológicos como ideológicos (a la derecha y a la izquierda) y porque en la nómina de los autores venezolanos

estancias en Caracas con México, o fueron traídos desde allá por iniciativa del mismo Picón Salas cuando en 1946 fundó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. Sobre aquella “etapa de oro” del Pedagógico, véase José Hernán Albornoz, *El Instituto Pedagógico: una visión retrospectiva*, Caracas, Congreso de la República, 1986; Humberto Parodi Alister, *El Instituto Pedagógico: fundación y trayectoria*, 2ª ed., Caracas, Fondo Editorial IPASME, 1986; Mario Torrealba Lossi, *Entre los muros de la casa vieja*, Caracas, Congreso de la República, 1986; y Tomás Straka, “Setenta años del Pedagógico de Caracas: notas para una historia de la cultura venezolana”, *Tierra Firme* (Caracas), vol. 24, núm. 95 (julio-septiembre del 2006) pp. 335-352. Sobre los transferrados en Venezuela véase Víctor Sanz, *El exilio español en Venezuela*, Caracas, José Agustín Catalá Editor/Casa de España, 1995, dos tomos.

¹⁷ Domingo Miliani, “*Cuadernos Americanos*: memoria en dos tiempos”, *Cuadernos Americanos*, núm. 50 (marzo-abril de 1995), p. 68. El artículo es el interesante complemento a la prohibición de la revista en Venezuela narrada por Silva Herzog, pero desde la vivencia de un venezolano.

¹⁸ *Ibid.*, p. 66.

¹⁹ Augusto Mijares, “Martí, utopía y realidad de América”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1942), pp. 164-168; Rigoberto Lanz, “La ventaja de llamarse América Latina”, *Cuadernos Americanos*, núm. 60 (noviembre-diciembre de 1996), pp. 54-62.

en la revista son de los pocos que no sólo no son adecos, sino incluso franca, encendidamente antiadecos. Después de 1960, no publican ya tantos venezolanos, ni los que lo hacen son tendencialmente simpatizantes de Acción Democrática. Esto se debió a que el contexto de relativa paz y prosperidad de Venezuela elimina al exilio como hecho social y reconcentra a los pensadores y políticos en el país ocupando cargos públicos, universitarios o diplomáticos (aún cuando fueran radicales opositores al sistema), cosa que incidió en la pérdida de visibilidad internacional de sus obras; o bien porque no hubo una generación de relevo intelectual en AD, al menos no con la misma musculatura (o la que se anunciaba como tal, en el deslinde que marca la Revolución Cubana, prefirió seguir su camino, como veremos).²⁰

Pero eso será después. En ese momento axial que va de finales de los cuarenta hasta la caída de la dictadura militar, salvo algunas excepciones,²¹ lo más importante de la intelectualidad adeca en el exilio publicó al menos una nota en *Cuadernos Americanos*: Andrés Eloy Blanco, Ricardo Montilla, Domingo Alberto Rangel (cuando aún era líder juvenil del partido), Luis Lander, Juan Oropesa, Juan Liscano, y eso sin contar que uno de sus colaboradores estrella fue Mariano Picón Salas, quien por su estrecha amistad con Alfonso Reyes²² y Jesús Silva Herzog, fue el puente entre estos dirigentes y la publicación. Aunque *Cuadernos Americanos* siempre ha tenido la suficiente amplitud para publicar a autores que van de Jorge Luis Borges a Eduardo Galeano, de Ludwig von Mises a Juan Pablo II, o de Norberto Bobbio a André Gunder Frank; y ya en el caso venezolano, para publicar numerosos cuentos y ensayos de Arturo Uslar Pietri,²³ el más antiadeco de nuestros intelec-

²⁰ Véase nota 54.

²¹ Por ejemplo Luis Beltrán Prieto Figueroa, J.P. Pérez Alfonzo, Carlos D'Ascoli, José Manuel Siso Martínez o José Antonio Mayobre, muy notables en los últimos dos casos porque pasaron el exilio en México.

²² Véase Gregory Zambrano, comp., *Odiseos sin reposo: Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (correspondencia, 1927-1959)*, 2ª ed., Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Universidad de Los Andes, 2001.

²³ Recuérdese que su carrera política se eclipsó (aunque en modo alguno culminó) con el golpe del 18 de octubre de 1945, que llevó a AD y los jóvenes oficiales de la Unión Patriótica Militar al poder, formando la Junta Revolucionaria de Gobierno. Es una rivalidad que venía desde los días de estudiantes, cuando Uslar no se incorporó a las protestas de 1928 por venir de una familia gomecista. Por eso habla muy bien de su estatura ciudadana el que, a pesar de todo, colaborara en la fundación del sistema democrático en 1958. Para el Uslar Pietri político, véase Astrid Avendaño, *Arturo Uslar Pietri: entre la razón y la acción*, Caracas, Óscar Todtmann Editores/Fondo de Publicaciones Universitarias, 1996. Una biografía reciente es la de Rafael Arraíz Lucca, *Arturo Uslar Pietri, o la*

tuales, es evidente que hasta 1960 la revista fundamentalmente reflejó el pensamiento de la ya nombrada “izquierda democrática”.

Fue una izquierda que combinaba elementos del marxismo-leninismo con la vieja tradición del liberalismo radical —nacionalista, antiimperialista y democrático— venida del siglo anterior y que desde la década de 1930 había ensayado lo que el historiador Ysraael Camero ha denominado “revoluciones reformistas”.²⁴ Su referente y su épica fundamentales estuvieron en la Revolución Mexicana, en especial el periodo de Lázaro Cárdenas (del que, como es sabido, Silva Herzog fue estrecho colaborador). Tal vez su expresión ideológica más acabada fue Víctor Raúl Haya de la Torre —por cierto colaborador de *Cuadernos Americanos*— y su Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), no en vano fundada en el México revolucionario. Era una izquierda que desconfiaba del modelo soviético en función de la búsqueda de un camino propio para el socialismo y que en el marco de la Segunda Guerra Mundial se alejó por igual del totalitarismo soviético y del fascista. Leer las dudas que a Silva Herzog le generó la Unión Soviética durante su accidentada pasantía como embajador de México en Moscú entre 1928 y 1930,²⁵ o sus tesis sobre la *democracia social*,²⁶ que después evolucionó hacia la *democracia socialista*,²⁷ es

hipérbole del equilibrio, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2005. Véanse también dos testimonios políticos: Alfredo Peña, *Conversaciones con Uslar Pietri*, Caracas, Ateneo de Caracas, 1978; y Arturo Uslar Pietri, *Ajuste de cuentas* (entrevista por Rafael Arraíz Lucca), Caracas, El Nacional, 2001.

²⁴ Hablamos de la Revolución de 1933 y el régimen que instauró por dos décadas en Cuba; de la Revolución de Octubre de 1944 en Guatemala; de la también Revolución de Octubre de 1945 en Venezuela; de la Revolución de 1948 en Costa Rica; y de la Revolución Nacional de 1952 en Bolivia. Véase Ysraael Camero, “Revoluciones reformistas en el Caribe (1933-1948). Modernización del Estado, democratización de la sociedad y administración de conflictos”, *Tierra Firme* (Caracas), vol. 21, núm. 82 (abril-junio del 2003), pp. 211-232.

²⁵ Véase, en especial, Jesús Silva Herzog, “Un mal momento en las relaciones México-soviéticas”, en *Obras*, vol. 6, México, El Colegio Nacional, 2008, pp. 73-123. La comparación que hace entonces de las revoluciones mexicana y rusa es verdaderamente esclarecedora.

²⁶ Véase Jesús Silva Herzog, “¿Comunismo o democracia social?”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1960), pp. 18-54.

²⁷ En 1972 Silva Herzog dijo ante la Cámara de Diputados: “El camino que yo he señalado es éste: una mayor intervención del Estado y después, aprovechar la coyuntura propicia para llegar al socialismo, a un socialismo de acuerdo a nuestra idiosincrasia, nuestra historia, nuestra geografía, nuestros sueños de superarnos cada vez más y más; pero un socialismo que no fuera imitación de éste o de aquél o del otro socialismo; la experiencia está demostrando que los países que están construyendo el socialismo tienen soluciones con matices distintos; un socialismo he dicho democrático, o una democracia socialista en que no se prive al hombre de la libertad de pensar, de creer y de actuar”, Jesús

encontrarse con reflexiones muy parecidas a las que desde la década de 1930 ya daban vueltas en la cabeza del “joven Betancourt”, como jugando un poco con la categoría marxiana lo ha llamado el historiador Naudy Suárez Figueroa.²⁸ Dichas reflexiones sostenían que el modelo soviético no correspondía a la realidad venezolana, por lo que había que buscar una ruta propia para la revolución; que la conculcación de las libertades de la dictadura del proletariado terminan formando algo más opresivo que la de Gómez; que los comunistas en su adscripción a la Tercera Internacional no hacen más que sustituir un imperialismo por otro; que a Marx hay que leerlo con libertad de criterio y no bajo los ucases de Moscú.²⁹

Aunque el rompimiento entre los sectores de esta “izquierda democrática”, aprista —que con el tiempo terminó por definirse socialdemócrata (aunque su leninismo inicial le hizo muy largo y difícil admitir esto)—, y la comunista alineada con Moscú ya se había anunciado de muchas maneras —a veces tan despampanantes como el divorcio de José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre en 1928, con todo lo que conllevó: la ruptura definitiva del APRA con la KOMINTERN, el nacimiento del Partido Socialista Peruano, un texto de tan claro deslinde ideológico como “Aprismo y comunismo” (1932)—, la lucha contra el nazi-fascismo durante la guerra y las dictaduras militares que por igual atacaban a apristas y comunistas las obligaron a coexistir hasta que la llegada de la Guerra Fría y, sobre todo, de su gran expresión regional, la Revolución Cubana, tornó imposible hacerlo.

Como dice el venezolano Carlos Rangel (1929-1988), uno de los más grandes pensadores latinoamericanos del liberalismo en la segunda mitad del siglo xx: “a partir de la Revolución Cubana, nada será exactamente igual, todo va a ser removido, los hombres, las ideas, los partidos marxistas-leninistas, y también los partidos socialistas democráticos”.³⁰ Por ejemplo la figura del “guerrillero había llegado a ser, en Latinoamérica, una figura del pasado, inconcebible salvo en la sociedad rural, pre-capitalista (así Sandino en Nicaragua, en los años vein-

Silva Herzog, “Por una democracia socialista”, en *Jesús Silva Herzog: la larga marcha de un hombre de izquierda*, México, Escuela Nacional de Economía, 1972, p. 280.

²⁸ Naudy Suárez Figueroa, *El joven Betancourt: de la Semana del Estudiante al Plan de Barranquilla, 1928-1930*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 2008.

²⁹ Para un estudio sobre el pensamiento de Betancourt en esa etapa, véase Arturo Sosa Abascal, s, *Rómulo Betancourt y el partido mínimo, 1935-1937*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1995; y del mismo autor *Rómulo Betancourt y el partido del pueblo, 1937-1941*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2000.

³⁰ Carlos Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario: mitos y realidades de América Latina*, 7ª ed., Caracas, Monte Ávila, 1976, p. 121.

te, o Zapata y Pancho Villa en la Revolución Mexicana)”, con Fidel Castro es “reconstruida”.³¹ Y los que hasta entonces habían sido referentes esenciales de la izquierda democrática —antiimperialismo, nacionalismo, democracia social y política— son replanteados en el contexto de la Guerra Fría con un nuevo contenido marxista-leninista, no en el sentido adeco o aprista, sino en el de Mariátegui, más apegado a la Unión Soviética y al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Es una mutación ideológica que de algún modo se da en todos los partidos revolucionarios (a AD lo fracturó), con repercusiones variables en la política de cada país. Hasta la Revolución Cubana misma se concibió en un primer momento como una “revolución democrático-popular de carácter agrario y antiimperialista”, como señala oficialmente el Partido Comunista de la isla,³² que tenía por objetivo alcanzar las promesas incumplidas de la Revolución de 1933.³³ Una vez logradas, el otro paso era el socialismo, según el PC básicamente por dos razones: porque los intereses de la burguesía, económicamente débil y subordinada al imperialismo, iban en contradicción con los objetivos esenciales de la revolución democrático-popular, lo que explicaba el fracaso de sus ensayos anteriores; y porque, en la concepción marxista de la historia, tal es el devenir necesario para la construcción de una vida mejor.³⁴ Es una conclusión que compartirían muchos miembros de la izquierda de los cuarenta, y casi todos los jóvenes de la generación posterior.

Es decir que hasta la Revolución Cubana primero fue, digamos, *mexicana*, antes de convertirse en lo que históricamente vendría a ser ella misma. Ahora bien, ¿por qué, de todos los testimonios posibles, echamos mano de un autor como Rangel para delinear estas tesis? Porque él demuestra hasta qué grado llegó el quiebre. Un liberal de su contextura termina mostrándose como un profundo admirador del APRA y de AD.³⁵ En especial celebra a Betancourt como el gran “anti-

³¹ *Ibid.*, p. 125.

³² Véase *Plataforma Programática del I Congreso del Partido Comunista Cubano* (1975), “Tesis primera. Fundamentación, carácter y obra de la Revolución Cubana”, en DE: <<http://congresopcc.cip.cu/wp-content/uploads/2011/01/Plataforma-program%C3%Altica-del-pcc.pdf>>. Véase también Daniel Rafuls Pineda, “Las alianzas políticas en Cuba antes de la revolución y los inicios de la transición política al socialismo (1952-1960)”, portal *Cuba Siglo XXI*, en DE: <http://www.nodo50.org/cubasingloxxi/politica/rafuls_301110.pdf>. Consultada el 7-x-2011.

³³ Véase, por ejemplo, el programa propuesto en el “Manifiesto de la Sierra Maestra”, firmado por Raúl Cibás, Felipe Pazos y Fidel Castro, el 12 de julio de 1957. Puede consultarse, entre otras fuentes, en la DE: <http://www.chibas.org/raul_chibas_manifiesto.php>.

³⁴ *Plataforma Programática del I Congreso del Partido Comunista Cubano* (1975), “Tesis primera. Fundamentación, carácter y obra de la Revolución Cubana” [n. 32], p. 16.

³⁵ Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario* [n. 30], pp. 110-114 y 221-225.

Fidel”,³⁶ y vaya que eso es más fácil de ver hoy, cuando afirmar que lo fundado en 1945 fue una *república liberal democrática* implica menos problemas de conciencia que entonces.³⁷ Nos explicamos: Rangel siente que estos partidos encarnan propuestas viables para un régimen de libertades progresistas, pero para un lector de los manuales de la Tercera Internacional, como veremos más adelante, una república así sólo tiene sentido si es una etapa hacia el socialismo. *Cuadernos Americanos* está en la antípoda ideológica de Rangel, tan anticomunista y antinorteamericano (recuérdese que probablemente escribió el ensayo más feroz contra José Enrique Rodó del que se tenga noticias).³⁸ Ni Betancourt ni el resto de los pensadores adecos (ni mucho menos apristas) llegarían a sus extremos. Siempre reivindicaron su carácter latinoamericano y, en el caso de Betancourt, su admiración por Bolívar y Martí.

De hecho, Betancourt nunca dejará de llamar *revolución* al sistema que ayuda a fundar en Venezuela en 1959,³⁹ ni para que AD dejara de definirse como un partido revolucionario.⁴⁰ En una historia del pensamiento *revolucionario* latinoamericano es indispensable incluirnos, cualquiera que sea la consideración ideológica del autor. Una revisión de *Cuadernos Americanos* demuestra hasta qué punto el exilio de 1948 a 1958 fue también una etapa en la que se reflexionó mucho —y, cosa importante, según lo demostró la división del partido en 1960, de forma distinta a como lo hacía la clandestinidad en el país—, se destilaron ciertas ideas y se llegó a algunas de las convicciones fundamentales con las que después se enfrentaron —y en Venezuela vencieron— a la Revolución Cubana para fundar un sistema político que en muchas de sus cosas se mantiene hasta hoy.

³⁶ *Ibid.*, pp. 225-229.

³⁷ Véase nota 9.

³⁸ Rangel, *Del buen salvaje al buen revolucionario* [n. 30], pp. 83-98.

³⁹ Rómulo Betancourt reunirá los discursos de su presidencia en cuatro volúmenes significativamente titulados *La revolución democrática en Venezuela*, Caracas, Imprenta Nacional, 1968.

⁴⁰ “ACCIÓN DEMOCRÁTICA, por sus características de partido democrático, policlasista, popular, revolucionario, empeñado en interpretar nuestra realidad y en ser el vocero más cabal de las aspiraciones del pueblo venezolano, ha sido desde sus comienzos un partido de teórica y práctica democracia interna, circunstancia que se ha reflejado en su organización y sus sistemas de trabajo como partido revolucionario”, *Acción Democrática: doctrina y programa*, Caracas, Secretaría Nacional de Propaganda, 1962, p. 57.

Cuadernos Americanos
y el pensamiento acciondemocratista

Si arrancamos con el artículo de Domingo Alberto Rangel, “Explicación histórica de la revolución venezolana” —síntesis de las principales ideas histórico-historiográficas que la izquierda fue elaborando en contraposición a las tesis positivistas del gomecismo a partir de 1936—,⁴¹ y cerramos con el texto de Carlos Andrés Pérez, “La cooperación latinoamericana: un imperativo histórico”,⁴² en buena medida vemos el periplo de lo que devendría en la socialdemocracia venezolana: Domingo Alberto Rangel es de los que se separa de AD en 1960 para fundar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que junto al Partido Comunista formaría en breve el Frente de Liberación Nacional (FLN) y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), organizaciones que emprendieron la guerra de guerrillas. Carlos Andrés Pérez (1922-2010), por el contrario, en el gobierno de Rómulo Betancourt fue ministro de Relaciones Interiores (que en Venezuela tenía un rango parecido al de vicepresidente y que, entre otras cosas, controlaba a las policías y coordinaba a los gobernadores). Su coraje enfrentando a la guerrilla le ayudó a cincelar una fama de duro y eficiente que en parte le granjeó un prestigio del que gozaría por muchos años (su carisma, la innovación en el uso de técnicas publicitarias en su campaña electoral y sus políticas, que no pocos definen como populistas, harían lo demás).

Después de su arrollador triunfo de 1973, Carlos Andrés Pérez se hizo un entusiasta seguidor de la Internacional Socialista, inscribe a AD en la organización (que ya venía adelantando algunas conversaciones, pero en la que no todos los sectores se sentían cómodos con la socialdemocracia: hay que recordar las raíces históricas leninistas), llega a ser vicepresidente de la organización y asume la *realpolitik* a lo Willy

⁴¹ En gran medida, una reinterpretación de las ideas positivistas a las que se oponían, aunque pasadas por el tamiz de las tesis de la Tercera Internacional: que la independencia no cambió las estructuras económicas y sociales del país, dejando el poder en una oligarquía; que la Guerra Federal (1859-1863) fue el esfuerzo de las bases de la sociedad para alcanzar la igualdad, y que si bien trajo la ruina de la oligarquía, esto sólo ayudó al entrenamiento de los caudillos; que la producción petrolera vino a fortalecerlos aún más por la connivencia con el imperialismo; y que a esta guisa “la Revolución de Octubre aspira fundamentalmente a crear en Venezuela una democracia popular, sustentada sobre los soportes de la transformación agraria y de la liberación económica del país. Dentro del devenir histórico a la Revolución venezolana le correspondería la misión que se asignó a la Revolución Francesa”, Domingo Alberto Rangel, “Explicación histórica de la revolución venezolana”, *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (mayo-junio de 1947), p. 15.

⁴² Carlos Andrés Pérez, “La cooperación latinoamericana: un imperativo histórico”, *Cuadernos Americanos*, núm. 1 (enero-febrero de 1987), pp. 130-138.

Brandt (su gran amigo y presidente de la Internacional Socialista con el que compartió funciones). Atrajo ex guerrilleros a su gobierno, echó adelante una política de integración latinoamericana y de defensa de los intereses del Sur, apoyó la Revolución Sandinista y los esfuerzos de Omar Torrijos para obtener el control panameño del canal, colaboró con Felipe González en la instauración de la democracia en España, se hizo amigo personal de Fidel Castro y después, en la década de 1980, mientras preparaba su retorno a la presidencia —que esperaba triunfal—, recorrió el mundo dando conferencias y llamando al plan de ajustes del Fondo Monetario Internacional “la bomba mata gente”. No obstante, su actuación hacia el interior de Venezuela siempre fue más polémica, no sólo por el episodio final del Caracazo y su defenestración cuatro años después, sino por las acusaciones de corrupción —no tanto de él como de su entorno—⁴³ y de un manejo irresponsable de la gran bonanza petrolera de la década de 1970, en gran medida culpable de la crisis posterior.⁴⁴

El artículo que aparece en *Cuadernos Americanos* fue inicialmente una de las conferencias que dictó, en este caso en el seminario “Integración Iberoamericana”, realizado en la Universidad de Sevilla entre el 13 y el 17 de octubre de 1986. ¿Por qué marca un hito diferenciador de lo que Rangel decía en el lenguaje de los años cuarenta? Porque a los dos años el presidente Pérez debe arriar las velas y echar mano de las fórmulas del Fondo Monetario Internacional, emprendiendo un viaje más o menos “neoliberal”. Escapa de los objetivos y límites de este trabajo una evaluación sobre qué tan acertado fue. Bástenos de momento con delinear el camino de cuarenta años que va del Domingo Alberto Rangel que entendía a la revolución de 1945 como una etapa hacia el socialismo,⁴⁵ y del Carlos Andrés Pérez (CAP en el len-

⁴³ En particular se distinguieron los llamados “Doce apóstoles”, un grupo de empresarios cercanos al presidente que supuestamente obtuvieron grandes beneficios de esta relación. Véase Pedro Duno, *Los doce apóstoles*, Valencia, Vadell Hermanos Editores, 1975; y Fernando Coronil, *El Estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Nueva Sociedad, 2002.

⁴⁴ Véase H. Michael Tarver, *The rise and fall of Venezuelan president Carlos Andrés Pérez: an historical examination*, vol. I, *The Early Years, 1936-1973*, Lewiston, NY, Edwin Mellen, 2001; y *The rise and fall of Venezuelan president Carlos Andrés Pérez: an historical examination*, vol. II, *The Later Years, 1973-2004*, Lewiston, NY, Edwin Mellen, 2004. Un libro muy exitoso en Venezuela sobre su caída en 1993, escrito con ánimo reivindicativo, es el de Mirtha Rivero, *La rebelión de los naufragos*, Caracas, Alfa, 2010.

⁴⁵ “Para Venezuela, y en general para América Latina, no ha llegado la hora del socialismo porque todavía no se han agotado las posibilidades de la democracia [...] Dentro de América Latina, la Revolución venezolana se identifica con los esfuerzos por lograr la independencia nacional y la liberación de las masas [...] Es la continuación de la

guaje político venezolano) que ya no hablaba ni de revolución ni de socialismo, pero que aún se oponía a “las políticas de ajuste contractivas y al ultraliberalismo económico [que] han producido una profunda depresión con enormes contingentes de desempleo y subempleo y un marcado deterioro en el ingreso real de América Latina”, pero que un año después se vería obligado a imponer⁴⁶ y proponía a la “unidad-integración” latinoamericana como nuestra única salvación.⁴⁷

En el deslinde que se da en la década de 1950, el grupo del que formó parte Domingo Alberto Rangel llegó a conclusiones parecidas a las del Partido Comunista Cubano con respecto a su propia “revolución democrática”: simplemente no es posible alcanzar sus objetivos (“la independencia nacional y la liberación de las masas”)⁴⁸ sin ir al socialismo. De hecho, fiel a las ideas del etapismo, Rangel siempre concibió al socialismo como un objetivo último a seguir (“de la democracia iremos al socialismo”).⁴⁹ Como en el Betancourt del genésico Plan de Barranquilla (1931), para él lo de la Revolución de Octubre era, leninianamente, sólo el “programa mínimo”. Y aunque no hay indicios contundentes de que el Partido Democrático Nacional (1937), legalizado con el nombre de Acción Democrática cuatro años des-

obra redentora de Simón Bolívar, truncada por la asechanza triunfante de sus camaradas de armas [...] Sin negar la universalidad de los procesos históricos, los hombres que comandan la Revolución venezolana, han querido instaurar una etapa democrática, pero sin copiar patrones europeos [...] De la democracia iremos al socialismo que habrá de realizarse también de acuerdo con nuestra vocación nacional y con elementos extraídos de nuestra intransferible realidad económica”, Rangel, “Explicación histórica de la revolución venezolana” [n. 41], pp. 16, 19-20.

⁴⁶ Pérez, “La cooperación latinoamericana: un imperativo histórico” [n. 42], p. 133.

⁴⁷ “¿Qué habría ocurrido si los Estados Unidos hubieran castigado a Europa con las exacciones que Francia e Inglaterra la impusieron otrora a Alemania, y que nos imponen ahora a América Latina? ¿Qué hubiera ocurrido con el milagro alemán, el italiano, el francés o el japonés, si a estos países se les hubiera obligado a producir enormes superávits comerciales, a subsistir sólo con el ahorro generado internamente, a recortar los servicios públicos y el gasto social, en suma, a instrumentar políticas como las que en medio de esta crisis nos imponen el Fondo Monetario Internacional y la Banca Internacional para firmar los acuerdos de refinanciamiento? [...] La ‘nueva’ condicionalidad, a aplicarse conjuntamente con la ortodoxia tradicional del FMI, responde plenamente a las exigencias ideológicas de la administración Reagan. Cambios tales como la ‘liberación comercial’ y ‘financiera’, la promoción activa de las políticas de libre mercado y de la empresa privada, la privatización de las empresas públicas y, en general, la progresiva reducción del papel económico del Estado, forman parte integral del Plan. Y no es que estos propósitos sean malos en sí mismos, sino que tendríamos que definirlos nosotros en función de nuestras prioridades y propias percepciones”, en *ibid.*, pp. 131-133.

⁴⁸ Véase nota 45.

⁴⁹ Rangel, “Explicación histórica de la revolución venezolana” [n. 41].

pués, siguiera sosteniendo estas tesis de manera oficial —al contrario, tanto Betancourt como AD ya daban muestras claras de anticomunismo antes de 1945—⁵⁰ es evidente que en discusiones internas, al menos en ciertas células, se hablaba de forma distinta; o siempre se mantuvo la suficiente ambigüedad para que hombres como Rangel siguieran creyendo en un “programa máximo” al estilo soviético; o Rangel y otros simplemente vieron lo que quisieron ver y trataron de imponer esas particulares visiones sobre la mayoría. Ya con las jóvenes promociones adecas que aparecieron en liceos y universidades durante la dictadura —éstas llevaron el peso de la resistencia y, sin la tutela de los líderes históricos, entonces en el exilio o en la cárcel, actuaron de forma cercana a los conspiradores comunistas— es más sencillo explicarse que llegaran a conclusiones distintas de las de Betancourt y que después se entusiasmaran, del modo en que lo hicieron, con la Revolución Cubana. Desde el principio actuaron más o menos por su cuenta, y para la mayor parte de ellos, quinceañeros y veinteañeros, las luchas antigomecistas, los debates de los cuarenta e incluso el Trienio eran cosas lejanas y ajenas. Su épica no era la de la Revolución Mexicana o la República Española, era la de Fidel y el *Che*.

La famosa carta que los jóvenes de Acción Democrática publican en la prensa caraqueña el 8 de abril de 1960, y que es la antesala para la división del partido y el nacimiento del MIR, demuestra lo hondo de su disconformidad con el rumbo que había tomado el partido, desde el carácter “conservador” del Plan Cuatrienal que ese año Rómulo Betancourt presentó ante el Congreso Nacional, hasta sus duras críticas al anticomunismo de la dirección,⁵¹ de su policlasismo doctrinal⁵² y

⁵⁰ Sosa Abascal, *Rómulo Betancourt y el partido del pueblo, 1937-1941* [n. 29].

⁵¹ “La ola del anticomunismo profesional pretende calificar de comunista a toda obra de transformación social capaz de afectar los intereses de los grandes monopolios y de modificar las petrificadas estructuras económicas de nuestros maniatados países; pero lo más grave es que no sólo ha saturado esa campaña el ámbito nacional e internacional de Latinoamérica, sino que se ha convertido en innoble instrumento de lucha dentro de los propios partidos nacional-revolucionarios, tal como está aconteciendo dentro de Acción Democrática”, Jóvenes de Acción Democrática, “A la Dirección Nacional y militancia del partido”, *El Mundo* (Caracas), 8-IV-1960, en DE: <<http://www.analitica.com/bitbliblioteca/ad/juventud1960.asp>>. Consultada el 10-x-2011.

⁵² “El policlasismo, dentro del partido es una concepción teórica y una estrategia plenamente válida en nuestro país, como lo es en las naciones de Asia y África que están haciendo el camino de su liberación con ritmo de acelerada conquista del futuro. Pero sostenemos el criterio de que ese policlasismo tiene que estar orientado por los sectores sociales de más firme vocación revolucionaria y debe precaverse contra las infiltraciones que agravan las contradicciones internas de las clases que se conjugan en esa alianza social y comprometen su unidad. En un país como Venezuela, donde la evolución social y el crecimiento económico han creado una poderosa oligarquía, colocar los intereses de las

de la política hacia Cuba.⁵³ Se quejan de que el tribunal disciplinario los acuse, a pesar de estas posturas, de ser comunistas y de querer replicar el modelo cubano. Dicen que son argucias, pero las acciones que tomarían inmediatamente después parecieron dar la razón a la dirigencia histórica: fundaron un partido monoclasista, estrecharon una alianza con Cuba e impulsaron la guerra de guerrillas con el objetivo de establecer un régimen socialista de tipo soviético. Las generaciones que crecimos conociendo a muchos de los firmantes como connotadas figuras de la izquierda nos sorprendemos de su origen adeco. Tanto, que cabe la hipótesis de que la ausencia de una intelectualidad adeca reflejada en *Cuadernos Americanos* se debe a que la siguiente generación de escritores y académicos del partido básicamente se fue con el MIR.⁵⁴ La derrota fue una verdadera tragedia en sus vidas y sus obras, que de muchas formas quedaron trucas y nunca alcanzaron la resonancia de un Andrés Eloy Blanco, un Gallegos y un Picón Salas, a quienes, por cierto, denostaban en términos estéticos (o político-estéticos, habría que ver qué estaba primero). Muchos, buscando una explicación, llegaron incluso a pensar que todo fue un complot de Betancourt para sacarlos del juego, aunque no hay pruebas de tal cosa (más bien al contrario: su disidencia pareció angustiarse). No es objetivo de este trabajo determinar si fueron ellos o fue AD quien experimentó el cambio, o si es verdad su sistemática queja de que “Betancourt nos traicionó”. Nosotros sólo nos atrevemos a afirmar que si hubieran leído con más calma los documentos que los dirigentes fueron publicando en el exilio, tal vez sus decisiones no los hubieran tomado por sorpresa.

clases más explotadas en sitio de preferencia es un mandato ineludible para todo partido popular. Así lo ha reconocido Acción Democrática en documentos memorables en los cuales no estuvo ausente nuestra presión y nuestro pensamiento. Sin embargo, en las condiciones actuales, el policlasismo se está convirtiendo en la vía para introducir la capitulación ideológica”, en *ibid.*

⁵³ “Venezuela y Cuba, aún cuando con situaciones políticas distintas, la primera por medio de la constitucionalidad y la segunda por medio de la revolución, coinciden en un objetivo esencial: su liberación económica. Y se incurre en una mentira deliberada cuando se nos quiere imputar la pretensión de que nuestro país para realizar su obra de transformación nacional, tenga que ceñirse a los moldes del proceso cubano [...] Nosotros lo que hemos venido reclamando es una más activa solidaridad con la Cuba revolucionaria y estrechar cada día las relaciones con ese país”, en *ibid.*

⁵⁴ Entre los firmantes aparecen: el poeta Caupolicán Ovalles; el investigador Héctor Malavé Mata; el filósofo Moisés Moleiro; el político y ensayista Domingo Alberto Rangel; los historiadores Simón Sáez Mérida, Vladimir Acosta y Francisco Cañizales Verde; los profesores y periodistas Humberto Cuenca, Rafael Gallegos Ortiz; los políticos Américo Martín, Héctor Pérez Marcano, Jorge Dáger, Julio Escalona, Aníbal Lairet, los dos primeros después legendarios guerrilleros; la educadora Celia Jiménez; el economista Gumersindo Torres; el psiquiatra José Luis Vethencourt.

Rómulo Betancourt y Cuadernos Americanos

EN 1949 Rómulo Betancourt publica en *Cuadernos Americanos* uno de sus trabajos fundamentales: “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América”.⁵⁵ Betancourt ha pensado en México como centro para la reorganización de AD (cosa de la que desiste por la falta de recursos para el viaje de los *compañeros*)⁵⁶ y sufre los embates de la depresión y los agobios económicos —“estoy literalmente en la *carraplana*”, dice con florido venezolanismo en una carta—,⁵⁷ no obstante, tiene tiempo para reflexionar sobre la unidad del partido (que de todos modos se resquebraja a la larga, pero no tanto como para perder el poder) y sobre el proyecto de nación que en el nuevo contexto debe relanzar. Mariano Picón Salas creará la situación propicia para que todo esto desemboque en creación. Su larga amistad con Alfonso Reyes y, acaso por conducto suyo, con Silva Herzog, no sólo lo había convertido en un asiduo colaborador de *Cuadernos*, también lo ayuda a alejarse de la dictadura con un contrato como profesor en El Colegio de México. Desde allí, no duda en ofrecerle a Rómulo alguna ayuda para salir de la *carraplana*:

Muchos amigos tuyos y gentes que se preocupan por el porvenir de nuestras acongojadas democracias han pensado en ti con interés y simpatía durante el último tiempo. Con don Jesús Silva Herzog habíamos hablado de un proyecto que él acaricia de que vengas a dirigir un curso o seminario en la Escuela de Economía, y que colabores con remuneración especialísima en la revista *Cuadernos Americanos*. La enfermedad de don Jesús, que fue sometido hace poco a una delicada operación quirúrgica de la que todavía no acaba de restablecerse, no le ha permitido hacerte una información formal, pero en charla con él hace pocos días me dijo que deseaba conocer tus planes y saber si piensas venir a México para hacer las gestiones del caso. Me agradaría, pues, conocer qué proyectas por si ello pudiera combinarse con alguna actividad que te sea grata en este país.

⁵⁵ Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América” [n. 13].

⁵⁶ Germán Carrera Damas, *Rómulo histórico (la personalidad histórica de Rómulo Betancourt)* (mimeo), en DE: <http://fundacionromulobetancourt.com/images/pdf/carrera_damas-%20romulo_historico-%2022-2-2011.pdf>, p. 335. *Compañero* es el trato que, para diferenciarse del *camarada* de los comunistas, usan los militantes de AD entre sí.

⁵⁷ Carta a Alejandro Oropeza Castillo, 10 de diciembre de 1950, en *ibid.*, p. 336. *Carraplana* es un venezolanismo que expresa miseria, pobreza, la situación a la que se llega cuando se ha perdido todo: “quedó en la *carraplana*”.

Creo que en México, a pesar de los naturales inconvenientes y limitaciones de toda tierra que no sea la propia, encontrarías en este momento un centro de libre resonancia y una auténtica estimación para tus planes.⁵⁸

La propuesta debió haberle sonado como música. Aunque no termina yéndose a México a dar clases, sí manda un artículo. Un par de meses después Picón Salas le comenta: “Don Jesús Silva me mostró tu magnífico artículo sobre la situación de nuestro país que nos pareció justo y objetivo”.⁵⁹ Se trata de “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América”, ya citado, que en buena medida constituye un adelanto del libro “que ya estoy realizando —decía Betancourt en el artículo—, como parte de mis tareas políticas de dirigente de un vasto movimiento popular, el de recoger en las páginas de un trabajo de alientos la dramática y apasionada historia de ese jalón de vida nacional que se inicia en 1935, con la muerte de Juan Vicente Gómez”.⁶⁰ Dicho libro se publica en 1956 con el título de *Venezuela, política y petróleo*, gracias al mismo Silva Herzog, en el Fondo de Cultura Económica, aunque no se apega al proyecto original, anunciado en 1932, de centrarlo en la explotación petrolera de finales del siglo XIX.⁶¹ Pero también puede leerse como un manifiesto de la posición del partido y de sus acciones ante el nuevo orden de cosas, después de la Segunda Guerra Mundial y con el advenimiento de la Guerra Fría (no en vano tituló su último acápite con un muy leniniano “¿Qué hacer?”). Aunque no se trataba de una novedad, la oposición de Betancourt al comunismo ya no tiene cortapisas. Tampoco su acercamiento a Estados Unidos, identificando gestos en el Departamento de Estado y del presidente Truman a favor de los gobiernos democráticos en América Latina.⁶² Tal vez Betancourt pecó de optimista —en breve advendrá

⁵⁸ Mariano Picón Salas a Rómulo Betancourt, México, D.F., 30 de mayo de 1949, en Delia Picón, comp., *Mariano Picón-Salas y sus amigos*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004, pp. 206-207.

⁵⁹ Mariano Picón-Salas a Rómulo Betancourt, 18 de julio de 1949, en *ibid.*, p. 208.

⁶⁰ Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América” [n. 13], p. 27.

⁶¹ Mirela Quero de Trinca, “Un libro de larga y accidentada historia, *Venezuela: política y petróleo*”, en DE: <<http://c3ig.com/webFBRAgosto2006/Actividades.htm>>. Consultada el 11-x-2011.

⁶² Cita una declaración del Departamento de Estado deplorando el uso de la fuerza en la política latinoamericana y una carta de solidaridad de Truman a Gallegos, véase Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América” [n. 13], p. 60. En rigor, el acercamiento de Betancourt a Estados Unidos ya había comenzado durante el gobierno del Trienio con el llamado Plan Rockefeller, cuando propone la creación de la Corporación de Economía Básica, una sociedad entre el empresariado vene-

la era de Foster Dulles— o se trataba de una calculada iniciativa para congraciarse con Washington, como finalmente logra. En todo caso, más allá del cálculo político, consideraba a la democracia y la libertad como el único camino capaz de garantizar la transformación revolucionaria de la sociedad sin caer en una tiranía peor a la anterior, “las logias militares del Sur [que] irradian, desde la Argentina, sus consignas a las cliques reaccionarias de nuestra América; y los grupos comunistas [que] tienen en el *Cominform* el organismo que a todos los unifica y comanda”,⁶³ son sus principales contrincantes y Estados Unidos un aliado más que natural, necesario. Ante ello propone una política de integración en la que los gobiernos democráticos se auxilien y combatan a las tiranías de izquierda y derecha, propuesta hecha en 1948 con ocasión del nacimiento de la Organización de Estados Americanos (que intentará activar en los primeros días de su exilio) y que en 1950 tiene el hito de la Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad que se reúne en La Habana entre el 12 y 14 de mayo, y la subsecuente Carta de La Habana que condena a las dictaduras. Aunque fue uno de sus promotores fundamentales, contó con el apoyo del presidente Carlos Prío Socarrás y de Juan Bosch. En suma, los claros antecedentes de la Carta Democrática de 2001 y del Sistema Interamericano de Derechos Humanos. La *Internacional de la democracia* con la que soñó Andrés Eloy Blanco.

Pero aún más radical que Betancourt fue Luis Lander —ministro de Obras Públicas durante el Trienio— en el artículo “La doctrina venezolana de Acción Democrática” aparecido en *Cuadernos Americanos* en 1950.⁶⁴ Sostiene que el esfuerzo universal para derrotar al fascismo en la Segunda Guerra Mundial fue “la lucha a muerte por la libertad y la justicia”, avalada por “las repetidas declaraciones de los jefes de los Estados democráticos, la firma de convenios internacionales, como la Carta del Atlántico con sus cuatro libertades roosevel-

zolano y la estatal Corporación Venezolana de Fomento, creada en 1946 para atender el desarrollo de las más variadas áreas de la economía. Al final, la Asamblea Constituyente no aprobó el proyecto por considerarlo lesivo a la soberanía nacional. Véase Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Academia de Ciencias Económicas y Sociales/Fundación Rómulo Betancourt, 2007, pp. 300-305; y Darlene Rivas, *Missionary capitalist: Nelson Rockefeller in Venezuela*, The University of North Carolina Press, 2002. No obstante, la alianza entre Betancourt y Rockefeller se mantuvo toda su vida.

⁶³ Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América” [n. 13], p. 59.

⁶⁴ Luis Lander, “La doctrina venezolana de Acción Democrática”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4 (julio-agosto de 1950), pp. 20-47.

tianas”;⁶⁵ pero que “el panorama que hoy nos ofrece el mundo no puede ser más desolador. Un mundo dividido en dos grandes corrientes: la occidental y la oriental, parece ir rectamente a una nueva guerra que de acuerdo al éxito obtenido por la ciencia moderna en sus investigaciones, cabe temer significará la destrucción de nuestra civilización”.⁶⁶ Ante un reto similar, “quienes mantenemos el culto a la libertad y el respeto a la dignidad humana [...] no importa en aras de qué conquistas materiales”, no hay dudas: “la comunista no puede ser nuestra solución”.⁶⁷ Por lo tanto es necesaria la “firme y decidida política de unificación entre los pueblos que comparten el ideario democrático y niegan la solución comunista”.⁶⁸ Y aunque “se hace necesario ser sinceros, y hasta despiadados si se quiere, en el señalamiento de los errores e inconsecuencias de la llamada ‘política occidental’”,⁶⁹ llega a lo que será más adelante el núcleo de la oferta de AD y de Betancourt como los “anti-Fidel”, que tanto entusiasmarían a Carlos Rangel:

Hemos sustentado la tesis —comprobada por la realidad de los hechos en los tres años que como organización política nos tocó regir los destinos de Venezuela— que la mejor barrera, la única barrera eficaz para detener la propaganda comunista es dar a los pueblos mejores condiciones de vida. Demostrar a las masas que es posible, sin mengua ni perjuicio de su libertad, la participación colectiva a través de sistemas electorales realmente democráticos y la obtención de mejores condiciones de vida. Que puedan ver en la práctica cómo pueden ser erradicadas las causas que originan la miseria, y ser solucionados los problemas por métodos democráticos. Lo otro, la negación de la libertad, el establecimiento de sistemas dictatoriales, la vigencia de métodos de explotación, son el mejor caldo de cultivo para la proliferación del ideario comunista.⁷⁰

Las reservas ante el comunismo que ya estaban en las raíces doctrinarias de AD y del Partido Democrático Nacional (PDN) se potencian con la Guerra Fría. Todo indica que hombres como Lander y Betancourt llegaron entonces a dos conclusiones, una de carácter ético y doctrinal: que después de la guerra, con la derrota del nazi-fascismo, la quiebra de los liberalismos y el surgimiento del bloque soviético, el comunismo

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 20-21.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 20.

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Ibid.*, p. 22.

⁶⁹ *Ibid.*

⁷⁰ *Ibid.*, p. 23.

es el principal peligro para la libertad y la independencia;⁷¹ y otra táctica: esta situación obliga a acercarse a los otros sectores democráticos y anticomunistas del planeta, lo que es una oportunidad para conseguir nuevos apoyos, en especial el de Estados Unidos.⁷² Aunque en 1956, en otro sugerente artículo aparecido en *Cuadernos Americanos*, Betancourt todavía habla en términos revolucionarios —insistamos en que no por anticomunista dejó de considerarse así— y martianos, ya está claro que su sueño es un sistema interamericano que

afirme o establezca en cada una de ellas [las naciones americanas] el sistema representativo y democrático de gobierno; impulse el desarrollo concertado de sus economías individuales, y les permita superar la deprimida situación segundona en el campo de las relaciones internacionales. Un frente así concebido tendrá sólido respaldo de opinión en América Latina y será visto con simpatía por quienes profesan en Estados Unidos un credo liberal y democrático. Las relaciones entre las Américas serán más normales, y menos ribeteadas de resentimientos y celos, cuando exista mayor equilibrio de fuerzas entre las dos porciones diferenciadas del continente.⁷³

En suma, la república liberal y democrática que en breve ayuda a fundar. Es un artículo por el que Silva Herzog se sentirá orgulloso, no tanto por el programa que expone (al menos no tenemos noticias de eso), como por sus efectos. En una entrevista, con ocasión del número 100 de *Cuadernos Americanos*,⁷⁴ le preguntaron a don Jesús si estaba satisfecho con la labor de la revista, a lo cual respondió:

⁷¹ El sometimiento a Moscú, como nueva forma de colonialismo, es de las críticas más recurrentes de Betancourt a los comunistas: “la izquierda venezolana quedó escindida en dos grupos ya definitivos: uno, que conjugaba su estrategia y su táctica más que con la doctrina marxista con los sucesivos virajes impuestos por el *Comintern* primero, y por el *Cominform* después, a los movimientos políticos que en las almenas del Kremlin siempre otean la Estrella de Belén; otro, el nuestro, el de quienes forjamos en la clandestinidad el PDN, y luego comandaríamos a Acción Democrática, formada por los que, profesando una concepción revolucionaria de la lucha social, por pensar en americanos y como americanos, no creemos que sean la fórmula del transplante ni la consigna importada, de acuerdo a las necesidades de la estrategia internacional de una determinada potencia, lo que debe guiar una acción popular cumplida con realismo y eficacia”, Betancourt, “El caso de Venezuela y el destino de las democracias en América” [n. 13], p. 31.

⁷² Véase Stephen G. Rabe, *Eisenhower & Latin America. The foreign policy of anti-communism*, The University of North Carolina Press, 1988.

⁷³ “Nuestra América ‘ha entrado en revolución’, para decirlo con palabras martianas”, Rómulo Betancourt, “¿A dónde va Venezuela?”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1956), p. 33.

⁷⁴ Un número especial correspondiente a los meses de julio-octubre de 1958.

—Sí. Creo que *Cuadernos Americanos* ha influido, en cierta manera, en la lucha contra las dictaduras. Por ejemplo, publicó un artículo de Rómulo Betancourt incitando al ejército venezolano a rebelarse contra Pérez Jiménez. Esto ha ocurrido.⁷⁵

No hay evidencias de que los alzamientos militares de enero de 1958 se hayan producido sólo por la lectura del artículo, pero sí es notable la delineación de la nueva estrategia de AD, después de una década de yerros y frustraciones, que se explica en el acápite nuevamente titulado “¿Qué hacer?”: la unidad con los otros partidos de oposición —menos el comunista— y la alianza con sectores del ejército que faciliten el puntillazo final a la dictadura. Es básicamente lo que se logra con el Pacto de Nueva York (20 de enero de 1958), después refrendado en el Pacto de Punto Fijo (31 de octubre de 1958), y lo que ocurre el 23 de enero de 1958 con la insubordinación de los militares al régimen después de varios días de franca insurrección popular. En lo que tal vez el exilio le hizo perder el pulso de los acontecimientos venezolanos fue en los extremos a los que llegó en su admonición a los comunistas. Aunque en la clave internacional en la que estaba actuando es comprensible desde su visor y objetivos, así como desde sus ideas éticas del momento, el arrojo y las altas cuotas de sangre que pagó el Partido Comunista Venezolano en la Resistencia a la dictadura le granjeó, al menos, el respeto del colectivo. Sonaba más razonable en Nueva York que en Caracas aquello de que:

1) el pcv [Partido Comunista de Venezuela] es un pequeño grupo político, de escaso arraigo popular y muy limitada capacidad de influencia en los trabajadores; 2) sin aportar fuerzas considerables al frente antidictatorial, la presencia en él del pcv le restaría apoyo de vastos sectores venezolanos que son, al propio tiempo, enemigos del régimen actual y hostiles al comunismo; 3) los comunistas son aliados inseguros de las luchas políticas nacionales, porque cambian sin mayor esfuerzo visible su línea de conducta cuando así convenga a la estrategia mundial de la Unión Soviética; y 4) en el plano internacional, la presencia del pcv en ese frente sería vista con marcado recelo por los movimientos nacional-revolucionarios, socialistas y democráticos de América Latina, así como por los sectores obreros y liberales de los Estados Unidos.⁷⁶

⁷⁵ Silva Herzog, *Mis últimas andanzas, 1947-1952* [n. 3], p. 97.

⁷⁶ Betancourt, “¿A dónde va Venezuela?” [n. 73], p. 30.

Y lo sonaba no porque algunos de los puntos —menos, tal vez, el segundo— no se confirmaran, del todo o en parte, en los hechos, sino porque la clandestinidad había hermanado a adecos y comunistas, y convertido en verdaderos héroes a algunos de sus líderes, como por ejemplo a Pompeyo Márquez, entonces mejor conocido por su alias de *Santos Yorme*. Era en él, con sus legendarias acciones de conspirador clandestino, y no en las purgas de Stalin, en quien pensaban los venezolanos cuando se les hablaba de los comunistas. Probablemente fue una sorpresa —toda una desagradable sorpresa— la que Betancourt se encuentra al volver.

Tal vez nos ayude a redondear la situación, que ya anunciaba el choque de trenes que en breve ocurriría, un postrer ensayo de Mariano Picón Salas, también aparecido en *Cuadernos Americanos*. Aunque nunca se inscribió en AD, siempre mantuvo una estrecha relación con Betancourt, al punto de ser en 1963 su secretario en la Presidencia de la República —que en Venezuela era como una suerte de ministro sin cartera que apoyaba al presidente en lo que hiciera falta. No obstante, su mayor influencia estuvo en lo ideológico; no porque sus ideas —que nunca lograron deslastrarse completamente del positivismo, sobre todo de los determinismos de raza y clima— hayan incidido demasiado en las suyas, sino por la discusión que mantuvieron por más de treinta años —además, los años formativos.⁷⁷ Leer sus cartas, sobre todo las de Picón Salas, es seguir el largo proceso de desilusión del socialismo ya en los tempranos treinta, pasando por varias etapas (por ejemplo, el aprismo), hasta llegar —o acaso retornar— al liberalismo. Betancourt experimenta un proceso paralelo, aunque nunca sin desdecirse de sus orígenes revolucionarios y deteniéndose, como viejo y un poco a regañadientes, en la socialdemocracia. En un número de *Cuadernos Americanos* del emblemático año 1958, el gran memorialista que siempre fue Picón Salas publica una especie de *confesión* agustiniana de este proceso que se promete como capítulo de un libro inédito.⁷⁸ Debe ser algo más que una casualidad que justo cuando nace la democracia venezolana y AD se enfrenta a la Revolución Cubana, el ensayista merideño haga un análisis teórico del problema e intente su desmontaje desde los valores del ideario liberal y lo que hoy entenderíamos como

⁷⁷ Véase Picón, comp., *Mariano Picón-Salas y sus amigos* [n. 58]; y J.M. Siso Martínez y Juan Oropesa, *Mariano Picón Salas*, Rómulo Betancourt, pról., Caracas, Fundación Diego Cisneros, 1977.

⁷⁸ Mariano Picón Salas, “A propósito de la Revolución”, *Cuadernos Americanos*, núm. 6 (noviembre-diciembre de 1958), pp. 31-42.

cierto falibilismo epistemológico (a lo mejor ya había acudido, en sus estancias como profesor en universidades norteamericanas, a algunas lecturas de Karl Popper o de Isaiah Berlin):

Las multitudes hambrientas o vencidas que se paseaban por los devastados países de Europa después de 1918 no tenían paciencia para esperar serenamente que se reconstituyera la más legítima soberanía popular. El pequeño intelectual frustrado o resentido, el militar sin esperanza de rápido y próspero ascenso, estaban dispuestos a convertirse en demagogos e iban a buscar una especie de realengo poder político que se les ofrecía en las plazuelas. El mito de la “Revolución” ya no sólo encarnaba la idea de una nueva justicia distributiva y de ascenso de los explotados, sino más bien el descrédito de las leyes y mesianismo histórico que ejecutarían los furiosos profetas.⁷⁹

En aquellos turbulentos treinta, mientras veía a las “multitudes hebetadas o idiotizadas” seguir a sus líderes, fascistas o comunistas, “con mis reparos de estudiante de Historia reunía estos hechos contradictorios y suscitaba la discusión de tantos amigos revolucionarios” (y vaya que entre ellos estaban los fundadores del Partido Socialista Chileno; de hecho, no figura en su nómina por su condición de extranjero),⁸⁰ siempre con pésimos resultados. Él, que llegó a admirar “a tantos bandidos de la Revolución Mexicana, héroes de la ‘balacera’, al estilo de Pancho Villa”,⁸¹ ahora reflexiona sobre lo que considera sus errores del pasado. “Si el Estado democrático presupone la discusión y el sereno sistema legal —que nunca puede ir tan rápido como las solicitaciones de la multitud— ahora era más fácil y espectacular entregarse al improvisado taumaturgo que en nombre de una Utopía revolucionaria promete el próximo paraíso”.⁸² No obstante,

a esta altura de los tiempos, cuando se abusó desconsideradamente de la palabra “Revolución”; cuando en ella se escondía el afán de violencia e ilegalidad de los endemoniados; cuando aún el retroceso histórico que impusieron muchas tiranías osó llamarse “revolucionario” y cuando el avance técnico y científico requiere para resolver la creciente complejidad de las cosas la cautela del experto y la prudencia del hombre culto, podemos preguntarnos si no hemos sacrificado a un Moloch que nos tragaría a todos los sueños y las esperanzas de varias generaciones.⁸³

⁷⁹ *Ibid.*, p. 39.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 38.

⁸¹ *Ibid.*, p. 36.

⁸² *Ibid.*, p. 38.

⁸³ *Ibid.*, p. 42.

Son las convicciones a las que, en mayor o menor grado, había llegado AD desde la atalaya del exilio y los coletazos de la Guerra Fría. Y son las mismas con las que habría de enfrentarse a una juventud fortalecida —y acaso ensoberbecida— por su éxito en la lucha contra la dictadura, que aún creería, y tal vez más que ellos en su momento, en la revolución. Una juventud que encontró en Fidel y el *Che* unos ídolos para la salvación del modo en que jamás pudo serlo Villo (¿un Moloch?, acaso hubiera preguntado don Mariano) para la salvación.

Colofón

HAN pasado setenta años desde el primer número de *Cuadernos Americanos*, y medio siglo del deslinde entre las izquierdas que acabamos de presentar. Son muchas las preguntas que quedan abiertas y sus respuestas trascienden la curiosidad académica. Por ejemplo hoy, que las figuras de Fidel Castro y de Rómulo Betancourt son exaltadas por los bandos en pugna en Venezuela, queda demostrado que los cincuenta no están tan lejos como pensábamos, que la izquierda se reconfigura en América Latina y busca referentes, que sigue hablándose de la crisis del capitalismo (y ahora del Estado de bienestar y de la socialdemocracia). Cuando en 1986 hombres que hablaban como Carlos Andrés Pérez tuvieron que aplicar paquetes “neoliberales”; cuando el socialismo real cayó bajo el peso de muchos de los males de que lo acusaban Picón Salas, Silva Herzog y Betancourt; cuando las revoluciones mexicana y cubana son ya señoras de más de cien y cincuenta años respectivamente, algunas pistas podemos encontrar en estos artículos de *Cuadernos Americanos*. Sobre todo contrastándolos con lo que pasó inmediatamente después: ¿quién tuvo la razón al final? ¿El Partido Comunista Cubano cuando afirmó que con la burguesía no se podía lograr la liberación nacional, o AD cuando dijo que el modelo soviético conduciría a niveles de opresión incompatibles con la dignidad del hombre? Si nos atenemos a sus promesas, y a la vez nos sustraemos de los argumentos que cada partido esgrime para matizar los resultados, ¿quién tuvo más éxito? ¿Quién ha fracasado más? AD ayudó a forjar cambios sustanciales en Venezuela. Con la institucionalización del voto la república cambió radicalmente y las mayorías han impuesto su parecer (incluso para sacar a dicho partido del poder y colocar a Hugo Chávez en su lugar). Libertades como las de pensamiento y expresión, que a partir de 1958 tendrán una fortaleza —por imperfecta que sea— inédita en la historia venezolana y que se mantienen como un valor. AD nacionalizó el petróleo y el hierro y propulsó la creación de la

Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) (idea de Juan Pablo Pérez Alfonzo, ministro de Betancourt). La *Internacional de la democracia* ya es una realidad con los actuales sistemas interamericanos de integración, que requieren pasar la prueba de ser democracias para participar. Muchos de los que fueron dirigentes del MIR terminaron dándole la razón; en 1983 el partido se fusionó con el Movimiento al Socialismo (MAS, una división del PCV, también de ex comandantes guerrilleros), que hoy figura en la Internacional Socialista. No todo fue miel sobre hojuelas, y el sistema político de 1958 colapsó por muchas de las fallas que también acumuló durante cuarenta años y que no supo revertir. Pudiera decirse que con el advenimiento al poder de Hugo Chávez el sector que simpatizó con Fidel rió al último, pero es un proceso en pleno desarrollo del que aún no pueden sacarse conclusiones, y que va de la mano con una vigorosa reivindicación de Betancourt por muchos sectores y con la herencia adeca presente de manera determinante en la vida nacional (la industria petrolera estatizada, el voto como mecanismo de legitimación, la OPEP, los sistemas integracionistas). Queda a futuras investigaciones puntualizar éstos y otros problemas. Ojalá que sigamos contando con *Cuadernos Americanos* como un espacio para su discusión y para la defensa de “la dignidad del hombre, la justicia social y la libertad de los pueblos”, como desde el primer número quiso don Jesús Silva Herzog.

RESUMEN

El presente artículo estudia la importancia de *Cuadernos Americanos* para los debates ideológicos venezolanos a mediados del siglo xx a través de algunos textos publicados en la revista por líderes venezolanos en el exilio. El deslinde que ocurre entonces entre lo que sería la socialdemocracia y el socialismo marxista-leninista, de gran importancia para el desarrollo político posterior del continente, en especial de Venezuela, se evidencia en estos escritos y su análisis constituye uno de los núcleos de esta investigación.

Palabras clave: *Cuadernos Americanos*, historia de las ideas en Venezuela, historia del socialismo en América Latina, partido Acción Democrática, Rómulo Betancourt, Mariano Picón Salas.

ABSTRACT

This article investigates the importance of *Cuadernos Americanos* to mid-twentieth-century Venezuelan ideological debates through texts by Venezuelan leaders in exile published in this journal. The separation between what would become social democracy and Marxist-Leninist socialism, of great importance to the subsequent political development of the continent, and especially of Venezuela, is evident in these writings. Their analysis is at the core of this investigation.

Key words: *Cuadernos Americanos*, history of ideas Venezuela, history of socialism in Latin America, Acción Democrática party, Rómulo Betancourt, Mariano Picón Salas.